

Armas de bronce ofrendadas al río Sil.

Por Florentino L. CUEVILLAS.

Aparecieron las armas de que vamos a ocuparnos en un hoyo emplazado en el cauce del Sil, a muy pocos kilómetros, río arriba, de las ruinas del famoso monasterio de San Esteban y a escasos metros de la presa de un embalse destinado a la producción de energía eléctrica.

Los cuatro objetos que constituían la ofrenda son de un bronce cuya composición desconocemos por no haber podido someterlo a análisis, sumamente frágil y de fundición muy descuidada, y consisten en una espada con lengüeta y aletas caladas, para sujetar el mango; en una punta de lanza, estrecha y larga, con dos agujeros en la base de la hoja; en la mitad inferior de otra punta de lanza, más corta y ancha que la anterior y en un colgante amorcillado de bronce, análogo a los múltiples colgantes de brazaletes y torques habituales, en hallazgos de Occidente (Alcácer do Sal, Azougada, Sanchorreja, etc.).

Todo este conjunto fué a parar a manos de los directores de las obras del embalse, quienes lo entregaron al Museo Arqueológico Nacional, donde se conserva. Pero antes de verificarse la entrega dos orensanos peritísimos en estas cuestiones y sobradamente conocidos por sus trabajos arqueológicos y etnográficos, los señores Ferro

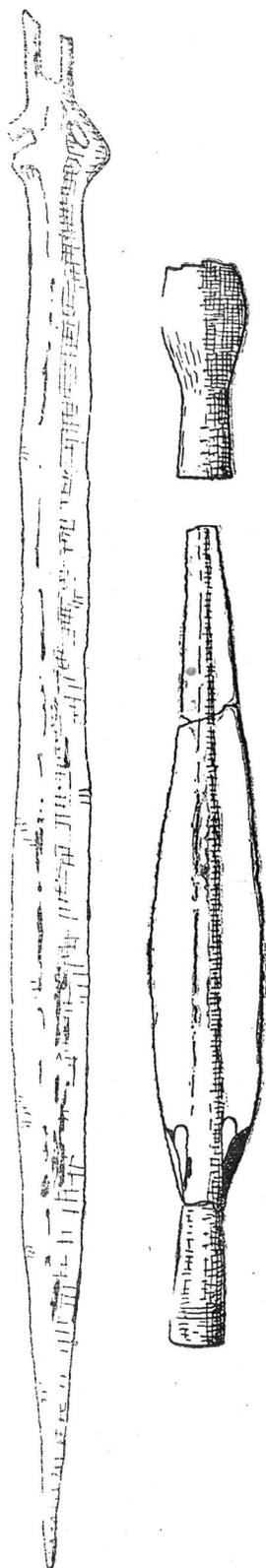
Couselo y Lorenzo Fernández, tuvieron ocasión de examinar y estudiar detenidamente el hallazgo, debiendo nosotros a su amistoso desinterés la ocasión de darlo a conocer en una publicación consagrada a la investigación de las antigüedades del oeste peninsular.

El culto de las aguas, lo mismo las de las fuentes que las de los lagos y las de los ríos, estuvo generalizado durante mucho tiempo en el occidente de Europa, conservándose aún hoy en múltiples lugares vestigios de su existencia. De estos cultos, el que se denuncia por datos arqueológicos más antiguos es el de las fuentes, pudiéndose citar a este respecto los sílex tallados, las hachas y las cerámicas eneolíticas aparecidas en una serie de manantiales minero-medicinales, como son el de Neris, en Vichy; el de Saint Honoré, en Bourbonne, y el Saint Symphorien de Mamagne, en el departamento de Saone et Loire.

En la época del Bronce parece tomar gran auge esta que podemos llamar religión de las fuentes. A ella pertenecen las tres espadas, el puñal y el alfiler que se encontraron hondamente hincadas en tierra en el nacimiento de la Ancienne Source, en el famoso establecimiento de Saint Moritz, y en ella hay que clasificar las figuras de cisnes y los pequeños carros procesionales, recogidos cerca de manantiales salutíferos, cosas casi todas que Dechelette considera relacionadas con el culto de una divinidad nórdica, que más tarde se identificó con Apolo. Este culto continuó practicándose en épocas posteriores al Bronce y llegó hasta después de la conquista romana, en la que las divinidades indígenas de las fuentes desaparecieron bajo la denominación común de ninfas, aunque frecuentemente asomaron en palabras adjetivas, corrientes en la antigua Galesia, donde los epígrafes latinos dedicados a las ninfas se registraron con más prodigalidad que en la mayor parte de las otras regiones del occidente europeo.

Por lo que respecta a las ofrendas hechas a los espíritus que se creía habitaban en los lagos y sin necesidad de recordar al cáquie de oro sumergido ritualmente en las aguas de una laguna americana, bastará, para demostrar su existencia, el citar los sacrificios en honor del lago Saint-Andéol, en Francia, las barras y las joyas que los celtas Tectosages lanzaban a sus lagos sagrados en la región de Toulouse, las doce hachas encontradas en otro lago cántabro, de que habla Suetonio, y aun el nombre de Laguna Sagrada, que se da a unas aguas palustres, que se encuentran entre la Estrada y Bandeira.

Como es sabido, los nombres de los ríos, por causa de la remota antigüedad de muchos de ellos, suelen presentar extrañas coinci-



Armas de bronce halladas en el Sil. Mus. Arq. Nac. 1/4 aprox.

dencias en países distantes. Tal ocurre con los Dives y los Divonnes franceses y con los Deva, que se encuentran en las Islas Británicas y en la Península Ibérica, donde existen tres: uno en el sur de Galicia, otro en Cantabria y el tercero en Guipúzcoa. Todos estos nombres parecen derivarse del radical *divo*, sinónimo de divino, y vienen a indicar la existencia de una religión de las corrientes fluviales, cuyos orígenes deben buscarse en altas fechas prehistóricas y cuyo final puede decirse que no ha llegado aún, por perdurar en prácticas supersticiosas, que sobreviven después de dos mil años de cristianismo. A los ríos se le ofrendaron diversos objetos en los tiempos de La Tène, debiendo figurar entre ellos el casco bicorne que apareció envuelto en el lodo del lecho del Támesis, cerca del puente de Waterloo, y las numerosas "rouelles", atributos de un dios galo identificado con Júpiter, que se recogieron en varios ríos franceses, y ya en época romana, las dedicaciones epigráficas erigidas en honor de dioses fluviales, nos demuestran que eran venerados todavía en épocas posteriores a la conquista y a la fundación del Imperio.

Pero el período en que este tipo de ofrendas se prodigó más intensamente fué, sin duda, el de transición del bronce al hierro, habiéndose supuesto incluso la presencia, en todo el oeste europeo, de un pueblo de hábitos guerreros, al que se denominó "el pueblo de la espada", que avanzaba por las corrientes de los ríos y que iba dejando en ellos, como señal de su paso, muestras de sus armas. Esta especie de depósitos guardados en el seno de las aguas, se tienen descubierto en muchos ríos ingleses y franceses, como por ejemplo el Támesis, el Marne, el Sena y el Oise.

En nuestra Península los hallazgos similares a los apuntados se registraron en diferentes localidades, pudiendo citarse a este respecto la espada de la colección Chicote, hoy en el Museo de Barcelona, aparecida en el Esla; la espada de puño metálico sacada del Tajo, al construirse el puente de Alcónetar, en la provincia de Cáceres; las

del vado de Mengibar, en el Guadalquivir, y las cuatro halladas en el Guadiana, de las cuales una está en el Museo de Mérida.

La repetición de estos hechos, a cuyo inventario hay que añadir hoy el que estamos comentando, hizo pensar a algunos arqueólogos como Gómez Moreno, Leguina y Navascués, que las espadas y las otras armas sacadas de los ríos, fueron hundidas en ellos con el carácter de verdaderas ofrendas votivas, opinión que se refuerza ahora si consideramos la circunstancia de yacer, juntos en el fondo del Sil, cuatro objetos que, por la fragilidad de la aleación y por lo defectuoso del fundido, parecen haber sido fabricados más bien para cumplir un papel ritual, que para desempeñar las finalidades agresivas que les asigna su forma.

Pertenece la espada, que creemos consagrada al Sil, a una de las variedades de tipo 1, de la serie C, de la clasificación de Dechélette. Tiene la empuñadura en lengüeta, con un calado rectangular en el centro, y las dos aletas laterales, dispuestas en V, aparecen también caladas por unos agujeros elipsoidales, no percibiéndose debajo de ellas las escotaduras que se ven en otros ejemplares. La hoja presenta un ensanchamiento, no muy pronunciado, en su mitad inferior; ostenta un nervio central de sección en ángulo y termina en una punta bastante aguda. El tamaño de toda la pieza es de 69 centímetros, de los que cuatro corresponden a la empuñadura.

La más larga de las dos puntas de lanza mide 30 centímetros, de los que seis son del tubo, para meter el astil, siendo su ancho máximo de cinco centímetros. La hoja se halla reforzada por un nervio central muy acusado y de sección angular. Al lado de este nervio y en el comienzo de su arranque, se ve una sencilla decoración de dos líneas de puntos, y cerca de la unión de la hoja con el tubo se observan unos curiosos agujeros laterales, flanqueados exteriormente por sendos repliegues del filo, que se tuerce hasta adoptar una posición vertical. El tubo tiene forma troncocónica, muy alargada, y en su tercio inferior presenta una decoración de tres líneas horizontales y paralelas.

La segunda punta de lanza, a la que falta casi la mitad superior, es de un tipo muy vulgar en la época a que pertenece. La sección de la hoja es romboidal y el tubo para meter el astil es troncocónico y tiene cuatro centímetros de largo. Esta clase de puntas de lanza perduró en el noroeste peninsular durante mucho tiempo, llegando a plena época de la dominación romana, y es citado por Estrabon como uno de los elementos de la armería castreña.

Estas puntas de lanza que acabamos de describir guardaban

todavía dentro de sus respectivos tubos pedazos de las astas de madera de que estuvieron provistos.

Como se ve por lo que llevamos dicho, nos encontramos en presencia de un lote de armas que hay que clasificar en los finales del Bronce, o lo que es lo mismo, entre el año 1.200 al 900, según la cronología de Bosch-Gimpera; entre el 1.000 y el 650, según Martínez Santa-Olalla; entre el 600 y el 400, según Martín Almagro, y hacia el 900, según Pericot, cronología esta última que nos parece la más aceptable.

Las espadas del tipo de la encontrada en el cauce del río Sil semeja que tienen su centro de expansión en Suiza, desde donde se extendieron por Francia, por Inglaterra y por la Península Ibérica, insinuándose también en el norte de Italia. Se cree que los portadores de esta clase de armas fueron gentes que unos consideran ligures, otros protoceltas y otros celtas, que habría que considerar como de la rama goidélica. Mac White es de la opinión de que navegaban por los ríos o por el mar y de que emigraron desde Bretaña a la Península Hispánica, a la que trajeron tan sólo sus espadas, dejando en el país de partida el resto de su utillaje característico.

Para entrar en el examen de esta cuestión conviene que consideremos primero la repartición de las referidas armas en el territorio peninsular, y por lo que respecta a nuestras comarcas del noroeste, que pongamos en relación este fenómeno con otros anteriores y coetáneos.

El período inmediatamente anterior al del Bronce final fué en nuestra área cultural un período de máxima actividad en la producción y comercio de las hachas llamadas de talón, llegándose a crear aquí una forma especial con dos anillos, que se extendió por gran parte de nuestra Península y llegó, marchando por vía marítima, hasta Bretaña y otras regiones francesas, hasta Irlanda y hasta el sudoeste de Inglaterra, alcanzando quizá el Mediterráneo central, donde parecen haber influido en un ejemplar del monte de Sa Idda, en Cerdeña. Por otra parte, los depósitos más importantes de útiles de esta clase, como son los de San Xohan da Lagoa, en Pastoriza; el del Muiño da Granxa, en Ortigueira; el de Armentón, en Arteixo; el de Paradela, en Meis; el de Tremoedo, en Cambados; el de Simes, en Meaño; el de Samieira, en las cercanías de Pontevedra y los minhotos de Vilar de Mouros, poco alejado de Caminha; el de Viatodos, en Barcelós; el de Ganfei, en Valença do Minho, y el de Vilafría, en Viana do Castelo, se sitúan en la misma costa o a escasa distancia de ella, indicando claramente este hecho, que era allí donde se almacenaban las piezas fabricadas, de seguro en todo

el país, para ser exportadas por vía marítima en diferentes direcciones.

Por causas que no conocemos exactamente esta prosperidad metalúrgica e industrial decae en el período siguiente y aunque las hachas de talón de uno y dos anillos continúan en uso, como se ve en el depósito de Covapodre, en Hio, donde aparecieron mezcladas con hachas de tubo, se percibe claramente que el noroeste peninsular no siguió la evolución que siguieron otras regiones de Europa, pues falta aquí el hacha con aletas, que es el obligado antecedente de las de tubo, debiéndose creer que aunque los instrumentos de este tipo se fabricaron entre nosotros, como lo demuestran los moldes para fundirlos que aparecieron en el Castro Pequeño de Neixón y en Cuntis, los modelos tuvieron que venir de fuera, con toda evidencia de la Península armoricana, donde grandes depósitos de hachas de esta clase, como el de Kergrist Moëlon, en las Côtes du Nord y el Maure de Bretagne, en Ille-et-Vilaine, formados cada uno ellos por 4.500 piezas, y los también importantes de Plurien, Boëdic, Branrue y Quendan, nos muestran que la Península bretona era el centro de fabricación y de expansión de hachas de tubo más activo de toda Europa.

La presencia de su comercio se patentiza en el noroeste peninsular por una serie de ejemplares, como son los cuatro de Calvos de Randin y los dos de Hio y los de Cabo de Cruz, Léréz, Castro de Lama, Ponte Caldelas, Redondela, Roriz, Louro, Oleiros, Candemil, Arroios, Alijó y Chaves, siendo de notar que la mayor parte de los hallazgos se localizan en la costa o en sus proximidades y que en varias de las piezas, como ocurre en una de Hio y en otra de Roriz, aparece el tubo cuadrado, tan común en Bretaña.

Pero en el noroeste peninsular se crean también tipos originales, presentando alguno curiosas semejanzas con los rusos, llamados de Seima, semejanzas que creemos es más lógico atribuir a un simple fenómeno de convergencia que a la relación directa supuesta por Childe, que tiene una explicación y una justificación difícilísimas.

Las hachas de tubo pasan el Duero y avanzan por el centro de Portugal, pero sin que lleguen a alcanzar las riberas del Tajo. Y ni desde Portugal ni desde Galicia invadieron, ni apenas si se insinuaron en la meseta castellana, donde sólo se puede señalar, si acaso, un único ejemplar, y aun este de localización insegura, que está en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, no existiendo en las otras regiones peninsulares más instrumentos de este género que algunos de Cataluña, filtradas allí desde el sur de Francia.

Ahora bien, si las espadas y las demás armas contemporáneas de las hachas de tubo, hubieran venido juntas desde Bretaña al nor-

oeste peninsular, como se tiene afirmado, debería pensarse que, como las referidas hachas, aparecieran en gran número entre nosotros y que su extensión hacia el sur y hacia el este, fuese escasa. Pero, lejos de esto, ocurre precisamente todo lo contrario. En el noroeste se encontraron tan sólo dos espadas: la de Hio y la del Sil, acompañada la primera por tres puntas de lanza y la segunda por dos, y en cambio estas armas de los finales del Bronce abundan de manera extraordinaria en el resto de la Península. Tenemos en primer lugar el llamado depósito de la ría de Huelva, que consta de 78 espadas, 20 puñales, 17 puntas de flechas, 90 puntas de lanza y 62 regatones, a más de otros objetos, como anillas, fibulas y botones. Hay luego las espadas encontradas en el Esla, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir, del que ya hablamos, y una serie de hallazgos en el centro y sur de Portugal, en Almería y en otros lugares de Andalucía y en la región astur-leonesa, donde existe un grupo muy nutrido y para nosotros sumamente interesante. La inmensa mayoría de las espadas recogidas tienen el mismo puño en lengüeta, que ostentan los dos ejemplares gallegos; pero no faltan tampoco las de puño metálico y macizo, denominadas en general del tipo de Mörringen, que se registraron en Alconetar, en el depósito de la ría de Huelva y sobre todo en Mallorca, no debiendo olvidarse que en el poblado aragonés de Roquizal del Rullo salieron varios fragmentos de moldes para fundir empuñaduras de armas de esta clase.

La hipótesis hoy más generalmente admitida para explicar la presencia en la Península de las espadas y de las otras armas de los tiempos finales del Bronce, es la de la existencia de una invasión de gentes indoeuropeas, la primera de una larga serie que no terminó hasta los comienzos de la Edad Media, que introdujo en las tierras del sur de los Pirineos un armamento nuevo, cuya cuna parece debe buscarse en Suiza y quizá en algún otro país del centro de Europa. Pero por lo que respecta al noroeste hispánico, es indudable que perduraban en él las relaciones con Bretaña, a las que se debe el que aparezcan entre nosotros las hachas de tubo, viniendo a cruzarse aquí esta vieja corriente comercial atlántica con elementos aportados por la primera invasión indoeuropea.

Y para terminar, indicaremos que la proximidad de nuestro país con el grupo de hallazgos astur-leoneses y la circunstancia de haber aparecido el lote de armas de que acabamos de ocuparnos en el cauce del Sil, cuyo valle es el mejor camino de penetración en Galicia, partiendo de las comarcas donde se registraron dichos hallazgos, nos inclinan a pensar que fué tal camino el que utilizaron los invasores que portaban las largas espadas de bronce y que preludieron otras invasiones mal precisadas, aun en su número y en sus rutas.

BIBLIOGRAFIA

- J. DECHELETTE: *Manuel d'Archéologie*, II, 1910.
British Museum, A guide to the Antiquities of the Bronze Age, 1920.
- A. A. MENDES CORREA: *Os povos primitivos da Lusitania*, en *Historia Monumental de Portugal*, Barcelos.
- P. BOSCH GIMPERA: *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona, 1932.
- P. BOSCH GIMPERA: *La Formación de los Pueblos de España*. México, 1943.
- F. BOUZA BREY: *La laguna sagrada del monte de Olives*. 1955.
- Com. BESNARD LE PONTOIS: *Le Finistère préhistorique*, 1929.
- L. PERICOT: *La España primitiva*. Barcelona, 1950.
- L. MARSILLE: *Catalogue du Musée Archéologique de la Soc. Polymathique du Morbihan*.
- V. GORDON CHILDE: *The Bronze Age*. 1930.
- M. ALMAGRO: *El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa*. Rev. Ampurias II. Barcelona, 1940.
- H. OBERMAIER: *Impresiones de un viaje prehistórico por Galicia*, 1923.
- J. de MATA CARRIAZO: *La Edad de Bronce en Historia de España*, dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, tomo I primera parte, cap. VI. Madrid, 1947, páginas 755 y ss.